

EDUCACIÓN Y TRABAJO EN EL PORFIRIATO

Moisés GONZALEZ NAVARRO

EL INSTITUTO NACIONAL de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana continúa su tarea con un estudio de Leopoldo Zea sobre la educación.* En él intenta trazar su trayectoria ideológica, de la Independencia a la Revolución, fijándose en la solución de continuidad del liberalismo, con su propósito de hacer de México una nación moderna. Analiza la generación encabezada por Mora; los constituyentes del 57, que por su inexperiencia desembocaron en el callejón sin salida del porfirismo; la generación neoliberal que adquiere cuerpo principalmente con los Flores Magón, y la Revolución mexicana, que, en opinión del autor, aprovecha la experiencia porfírica y permite a la burguesía liberal buscar un equilibrio entre ella y las clases obrera y campesina en que se apoyó para destruir al Porfiriato; de éste había sacado la mejor tajada la burguesía occidental, a la cual estuvo subordinada la burguesía mexicana. En suma, el propósito de esta obra es "captar las ideas que, desde el campo educativo, movieron a la generación revolucionaria a la acción, así como los problemas que sobre la educación en México se vinieron planteando desde los inicios de nuestra etapa independiente".

Para satisfacer este fin el autor estudia en sucesivos capítulos "El nuevo liberalismo", "La herencia liberal", "El hiato positivista" y "El liberalismo contra el positivismo". En los tres últimos capítulos mencionados resume sus conocidas monografías sobre el positivismo. El primero presenta alguna novedad, pues incorpora a ese fondo común algunas publicaciones recientes sobre el liberalismo mexicano. Es probable

* Leopoldo ZEA, *Del liberalismo a la Revolución en la educación mexicana*. Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1956; 205 pp.

que el uso de las fuentes secundarias incline aún más la tendencia del autor a estudiar la larga etapa que abarca del doctor Mora a don Justo Sierra sobre la base casi exclusiva de esos dos personajes, de tal manera que desaparece el trasfondo histórico en que se mueven.

En el capítulo "Hacia un nuevo liberalismo en la educación", el autor aprovecha la conocida obra de Francisco Larroyo para presentar a los precursores de la educación liberal nacionalista, entre quienes descuella Joaquín Baranda, ministro de Instrucción y Justicia durante largos años del reinado de Porfirio Díaz.

"Educación para el pueblo" es el título del siguiente capítulo, dedicado al estudio del Congreso de Instrucción reunido de fines de 1889 a marzo de 1890. El autor lo estudia en la publicación periódica *La Escuela Moderna*; pero esta fuente es insuficiente, pues en ella sólo se incluyeron breves crónicas sobre los debates y los dictámenes presentados a discusión. Acaso por este motivo el autor se contenta con transcribir abundante y generosamente dichos dictámenes; desprendidos de su contexto, además, suelen sufrir distorsiones. Puede decirse que hasta inventa los grupos que actuaron en ese Congreso; alguna vez subraya con sentido actual ideas bien corrientes de la época, o aun da carácter privativo a lo que era una aspiración común de entonces.

El autor justifica las limitaciones bibliográficas de su libro con agudo dramatismo, manifestándonos la angustia de su colaborador Eduardo Blaquel al repasar las diversas publicaciones educativas de la época y su desesperación al no encontrar en ellas prácticamente ninguna crítica al porfirismo en el campo educativo, hasta la aparición de las obras de Flores Magón. Y sin embargo, el propio trasfondo histórico de esta época no se estudia suficientemente, pues en primer lugar nada se dice sobre el Congreso de Instrucción reunido a fines de 1890 y clausurado en 1891, en que participaron muchos de los miembros del primero de estos congresos; tampoco se menciona el Congreso de Educación Primaria de 1910, y ni siquiera se alude al *Diario de los Debates* de ambas Cámaras. Estamos seguros de que el estudio de esta docu-

mentación hubiera hecho más fecunda la consulta de la prensa. De paso puede recordarse la singular afirmación del informe rendido por el autor al Instituto patrocinador de esta obra, en el que asegura que *Regeneración* fue el órgano más vigoroso de oposición, para luego incluir entre los de menor cuantía *El Monitor Republicano*, *El Diario del Hogar* y nada menos que *El Imparcial* (!!), el más patente ejemplar de la prensa subvencionada de la época.

En el último capítulo el autor estudia un tema que le resulta más familiar: Justo Sierra como exponente del nacionalismo liberal educativo. Concluye la obra con un epílogo en que relaciona las discusiones de los constituyentes de 1857 y los de 1917 sobre la libertad de educación, subrayando el cambio decisivo de la connotación del término *laico* en ambos casos: en el primero en el sentido de 'neutral', y en el segundo de 'racional'.

Esta obra, escrita por uno de nuestros más competentes investigadores de la historia de las ideas, deja abiertos varios caminos para comprobar afirmaciones que no son sino hipótesis apenas planteadas.

PARA CONMEMORAR el quincuagésimo aniversario de la huelga de Cananea, se le ha consagrado el tomo tercero de las Fuentes para la Historia de la Revolución Mexicana.* Cuatro partes constituyen esta obra. En la inicial, Manuel González Ramírez expone en esquemático prólogo el ambiente histórico en que ocurrieron los sucesos, apoyado en muy amplias transcripciones, principalmente de las nada recónditas obras de Luis Wistano Orozco sobre *La cuestión agraria*, y de Kropotkin sobre *La conquista del pan*.

A continuación, en un apéndice, se insertan las conocidas leyes sobre accidentes de trabajo de J. Vicente Villada y del general Bernardo Reyes. El cuerpo de la obra lo constituye un grupo de documentos ordenados y anotados por el propio

* Manuel GONZÁLEZ RAMÍREZ (ed.), *Fuentes para la historia de la Revolución mexicana*. Tomo 3: *La huelga de Cananea*. Prólogo, ordenación y notas de... Fondo de Cultura Económica, México, 1956; lxxvii + 154 pp. + 39 ilustraciones fuera de texto.

prologuista, pertenecientes al general Esteban B. Calderón, y en su mayor parte al archivo general del Estado de Sonora.

Se inserta primero la correspondencia cruzada entre las autoridades y algunos particulares de Sonora del 1º al 13 de junio, y después la de los funcionarios de ese Estado y el vicepresidente del país, Ramón Corral, antiguo cacique de la región. Se incluyen también recortes de la prensa norteamericana y mexicana, en especial de *El Correo de Sonora*, periódico editado en Guaymas.

Estos documentos, aparte de corroborar lo ya conocido sobre la huelga, aclaran dos puntos: la organización del Club Unión Liberal Humanidad, encabezado por Manuel M. Diéguez y Esteban B. Calderón (de acuerdo con los Flores Magón) con miras a formar la Liga Minera de los Estados Unidos Mexicanos, y la del Club Liberal de Cananea, auspiciado por Lázaro Gutiérrez de Lara. De los documentos se desprende que la huelga tomó de sorpresa a quienes a la postre se convirtieron en sus conductores, pues no estaban preparados para sostener un movimiento de tal naturaleza.

La correspondencia cruzada entre Ramón Corral y Rafael Izábal, gobernador de Sonora, demuestra perfectamente la culpable condescendencia del segundo al permitir el paso de norteamericanos armados (fueran tropas regulares o no) en apoyo de la negociación minera de Cananea. Y prueba también la no menos culpable actitud de Corral —y por supuesto, de Díaz— al tergiversar los acontecimientos para darles un cariz de inocencia en cuanto a la violación del territorio mexicano y de justificación de la matanza obrera. Todo esto lo había indicado León Díaz Cárdenas en su folleto sobre esta huelga (*Cananea, primer brote del sindicalismo en México*, Publicaciones del Departamento de Bibliotecas de la Secretaría de Educación Pública, México, 1936); pero ahora se ofrece la comprobación de la responsabilidad del gobierno de Sonora y del federal en estos hechos.

González Ramírez, preocupado al parecer por divulgar los documentos de más difícil acceso, olvidó los más cercanos, como en el caso serían los de la Secretaría de Gobernación. Ciertamente se conocen en alguna medida, dado que en el

archivo de Sonora existe la correspondencia dirigida al gobernador, pero con sólo atenerse a los documentos publicados por la Secretaría de Gobernación en la *Memoria* de 1904-1906 habría aclarado algunos puntos dudosos de la obra. Tal es el caso del informe general rendido por Izábal a Corral el 19 de junio de 1906, que González Ramírez copia de *El Correo de Sonora*, añadiendo sólo algunos de los anexos que encontró en el archivo del gobierno de Sonora, pero que se publicó íntegro en la *Memoria* antes citada. Asimismo, sólo se incluyen breves recortes de la prensa provinciana y se mencionan otros, cuando al propio prologuista le hubiera sido fácil ofrecer algunos de los textos de la prensa capitalina.

En la última parte del libro se incluyen los testimonios de dos actores de ese episodio. El primero y más importante corresponde al general Esteban B. Calderón, quien informa con amplitud y precisión de los antecedentes de esta huelga y las penalidades de sus principales directores. Curiosamente, en una información testimonial se incluye una larguísima transcripción del folleto antes mencionado de Díaz Cárdenas. De paso puede recordarse que, poco antes de la aparición de este libro, el propio Calderón publicó en forma de folleto (*Juicio sobre la guerra del Yaqui y génesis de la huelga de Cananea, 1º de junio de 1906*, Ediciones del Sindicato Mexicano de Electricistas, México, 1956), con muy pequeñas variantes, el mismo texto incluido aquí como declaración testimonial. Cierra el libro el testimonio de Plácido Ríos, minero que también participó activamente en la huelga.

Uno de los mayores atractivos de este volumen es la excelente colección de grabados que nos hacen conocer el escenario y los principales personajes del conflicto. Por último, como casi siempre los libros empiezan a leerse por la solapa —de la cual no se pasa muchas veces—, conviene señalar que la calificación que se hace en ella de la huelga de Cananea como “el pasaje inicial de la historia de las luchas obreras en México”, es inexacta. Sin remontarse a lo que varios investigadores han señalado aun para el siglo xviii, cuando menos hubiera convenido precisar que esta huelga fue la primera que por su violencia, y quizá aún más por la invasión del

territorio nacional, llamó la atención de la opinión pública, pero que de ningún modo fue la primera. Como en el prólogo sólo se mencionan las huelgas posteriores de Río Blanco, Velardeña y alguna otra más, probablemente hubiera convenido insistir en las anteriores, ciertamente incruentas, pero no escasas ni insignificantes.

En suma, esta obra del Patronato de Historia de Sonora dirigido por Manuel González Ramírez es una importante contribución para un mejor conocimiento de la historia obrera mexicana.